

## La influencia de Quintiliano en los criterios retóricos de Plinio el Joven

En la Roma del último tercio del siglo I y principios del siguiente, la escuela de Quintiliano constituyó uno de los focos principales de educación<sup>1</sup>. A ella acudieron numerosos jóvenes romanos, entre ellos Plinio el Joven (*Quintiliano, praeceptore meo* —*Epist.* 2, 14, 9—). En consecuencia, los criterios retóricos de Plinio estarían informados por la doctrina literaria de su maestro. Tal ascendencia podría explicar algunas ambigüedades observadas en la Correspondencia: la aparente incoherencia de Plinio entre su admiración por Cicerón (*Est enim mihi cum Cicerone aemulatio... nam stultissimum credo ad imitando non optima quaeque proponere* —*Epist.* 1, 5, 12—; *ita senex saltem ingenium eius [Ciceronis] aliqua ex parte adsequi possim* —*Epist.*, 4, 8, 5—) y su propósito de imitar a Calvo (*Temptavi imitare... Calvum* —*Epist.* 1, 2, 2—) representante del estilo criticado por el Arpinate, o su ambigüedad ante el asianismo, como más adelante veremos.

Estos puntos oscuros han llamado la atención de algunos estudiosos como A. M. Guillemin, y más recientemente Gamberini<sup>2</sup>. Pero en nuestra opinión quedan por explicar algunas cuestiones.

<sup>1</sup> C. Schanz-Hosius, *Geschichte der Römischen Literatur*, t. 2 (Munich 1967) p. 756.

<sup>2</sup> «Comment donc a-t-il (Pline) amène a s'écarter sur les points essentiels (...) du guide (Cicerón) dont il prétendait suivre tous les pas?». A. M. Guillemin, *Pline le Jeune et la vie littéraire de son temps* (Paris 1929), p. 69. F. Gamberini, *Stylistic theory and practice in the Younger Pliny*, *Altertumswiss. Texte&Stud.* 9 (Hildesheim Olms 1984) pp. 12 y ss.

Por otra parte esta misma ascendencia quintiliana podría servir de clave para entender determinadas ausencias en la dogmática literaria de este autor.

Para ello tomaremos como hilo conductor de nuestra exposición los *officia oratoris* que Cicerón había fijado (*Brut.* 185; *Brut.* 276; *Orat.* 69; *De orat.* 2, 115; *De orat.* 2, 128), y que Plinio había asumido, como vemos en su elogio de la elocuencia de Iseo: «postremo docet, delectat, adficit» (*Epist.* 2, 3, 3).

Relacionado con el primero de estos *officia*, encontramos en la Correspondencia una omisión que llama la atención: se trata de la filosofía, principio fundamental en la formación del orador según Cicerón (*De orat.* 1, 90; *Orat.* 12). Para el Arpinate los métodos de las escuelas de los rétores (*De orat.* 3, 122; *De orat.* 3, 94) no eran válidos como sistema educativo autosuficiente, sino sólo como un elemento más en la educación del orador; concretamente en relación con las declamaciones, Cicerón no negará el carácter propedéutico de las mismas, pero siempre exigirá la arena del foro como lugar de consagración del orador (*Orat.* 69). Su actitud sobre este particular contrasta con la de Quintiliano («Nihil ergo inter forense genus dicendi atque hoc declamatorium intererit?», *Inst.* 2, 10, 9), para quien las declaraciones son la actividad más importante del rétor<sup>3</sup>.

Plinio, por su parte, manifiesta también una elevada opinión de los ejercicios retóricos o declamaciones: *Nos enim qui in foro verisque litibus terimur multum malitiae, quamvis nolimus, addiscimus; schola et auditorium et ficta causa res inermis, innoxia et nec minus felix...* (*Epist.* 2, 3, 5-6).

Por otra parte, Quintiliano no duda de la capacidad de la retórica para formar hombres elocuentes. Tanto es así que atribuirá la incapacidad elocutiva a la falta de una formación adecuada y no en cambio, de talento: *manifestum est non naturam defecisse sed curam* (*Inst.* 1, 1, 2).

En el mismo sentido se manifiesta Plinio cuando aconseja a su amigo Caninio Rufo emprender una obra «inmensum etiam tuo ingenio», cuya dificultad no debe llevarle al desaliento porque «nihil est quod non arte cura que si non potest vinci, mitigetur» (*Epist.* 8, 4, 4). Cicerón, en cambio, había manifestado sus dudas

3 *Nam et illi (rhetores) declamare modo et scientiam declamandi ac facultatem trahere officii sui ducunt idque intra deliberativas iudicialisque materias* (*Inst.* 2, 1, 2).

sobre la capacidad de la retórica para formar hombres elocuentes. Así, mientras para el Arpinate no existe un arte de la palabra propiamente dicho, independiente de la filosofía<sup>4</sup>, para Quintiliano<sup>5</sup> la retórica es el *ars bene dicendi* (*Inst. Praef.* 8, 6) y su solo concurso basta para formar al orador. Es evidente que Quintiliano hace abundantes alusiones a la filosofía en sus *Instituciones*, pero también es cierto que su pedagogía se centra más en la obtención práctica de resultados que en sembrar en sus alumnos inquietudes de índole especulativa.

Plinio que adquirió su formación en la escuela de un rétor donde la retórica, cada vez más detallista y municiosa, seguía su propio camino al margen de la vinculación con la filosofía que había querido darle Cicerón. Concederá a la retórica la misma importancia que Quintiliano, y en consecuencia, no dará lugar a la filosofía en la formación del orador. No resulta por tanto extraña esta omisión.

Hay, sin embargo, un aspecto relacionado con la Filosofía en el que insiste Plinio: la moral. Encontramos en las Cartas una referencia a aquella vieja definición<sup>6</sup> del orador como *vir bonus dicendi peritus* (*Epist.* 4, 7, 4). Plinio atribuye esta definición del orador a Catón. Este hecho apunta claramente hacia la influencia de Quintiliano, porque éste es el primero en atribuir<sup>7</sup> esta formulación del orador a Catón. Y como Quintiliano a diferencia de Cicerón, Plinio ignora toda inquietud o compromiso filosófico cuando habla de orador como *vir bonus*, y se limita a recoger el concepto sin explicarlo. Es la suya una actitud de asunción práctica, sin planteamiento teórico, como esperaríamos en el alumno de un rétor.

4 *De orat.* 2, 232: *quae si eloquentis facere possit, quis esset non eloquens?*; *De orat.* 1, 107. *Ac primum illud respondeo, mihi dicendi aut nullam artem aut pertenuem videri* (*De orat.* 1, 7).

5 Para una visión más completa de las diferencias entre Cicerón y Quintiliano, cf. A. Alberte, «Cicerón y Quintiliano ante la Retórica», *In honorem Iosephi Guillen Caballero* (Salamanca 1983) pp. 249-266.

6 La idea, aunque no esta formulación concreta de la misma, era mucho más antigua. El propio Aristóteles la recoge en su Retórica (*Rhet.* 1356a) y la enlaza con el principio del ηθος como medio de alcanzar la benevolencia. Cf. A. Michel, «L'eloquenza romana», *Introduzione allo studio della Cultura Classica* (Milán 1972) pp. 552-3.

7 *Inst. Praef.* 9; *Inst.* 12, 1, 1. M. Winterbotton, «Quintilian and the *vir bonus*», *The Journal of Roman Studies* 54 (1964).

Desde este planteamiento, y en consecuencia con su maestro, Plinio expresa su interés porque la juventud se forme en un clima moralmente irreprochable. Así la recomendación que hace a su amiga Corelia Hispula del rétor Julio Genitor se centra sobre todo en las garantías morales que éste ofrece: *iam circunspiciendus rhetor Latinus, cuius scholae severitas, pudor, in primis castitas constet* (Epist. 3, 3, 3); *nihil ex hoc viro filius tuus audiet nisi pro futurum, nihil discet quod nescisse rectius, nec minus saepe ab illo quam a te meque admonebitur* (Epist. 3, 3, 6). Tal preocupación ya la había manifestado Quintiliano, que también pide para el maestro la más elevadas garantías morales: *ergo cum ad eas in studiis vires prevenerit puer, ut, quae prima esse praecepta rhetorum diximus, mente consequi possit, tradendus eius artis magister erit: quorum in primis inspicere mores oportebit. Ipse nec habere vitia nec ferat...* (Inst. 2, 2, 1-5).

Por lo que respecta al segundo *officium oratoris*, es decir, a la *delectatio*, hay dos hechos que apuntan con insistencia a la influencia de Quintiliano sobre Plinio: la omisión del término *concinntitas* y la anteposición de las figuras a los procedimientos estéticos relacionados con la *compositio verborum*.

*Concinntitas* es un término de gran importancia<sup>8</sup> para Cicerón, que paradójicamente no sobrevivió a su creador. Ni siquiera Quintiliano se atrevió a asumir esta palabra que se había cargado de connotaciones negativas al asociarse con el tema de *canere*<sup>9</sup>.

Plinio, que acepta la presencia de la *voluptas aurium* en la oratoria, elogia en los discursos de Pompeyo Saturnino sus *sonantia verba* (Epist. 1, 16, 2). De la misma manera teme el posible perjuicio que pueda causar a una de sus obras la corrección excesivamente severa de su amigo Minucio, contrario a todo deleite sensorial: *nam cum suspicarer futurum et tibi tumidius videretur, quoniam est sonantius et elatius* (Epist. 7, 12, 4). Encontramos aquí un claro reconocimiento del estilo elevado y de los efectos acústicos, en clara oposición a la hinchazón insana a que tendría el asianismo<sup>10</sup>. Los aticistas rechazaban el estilo elevado, por tanto no puede pensarse que Plinio tendiese al aticismo ni tampoco

8 A. Alberte, «Pervivencia histórica y proyección sintáctica de la "concinntitas"», *Emerita* 55 (1987).

9 Fue probablemente Varrón el responsable del entuerto: *concine loqui, dictum a concinere* (L.L. 16, 57).

10 *Asiana gens tumidior* (Inst. 12, 10, 17).

co se le puede acusar de inclinarse hacia el asianismo, cuando sus críticas a los oradores pertenecientes a esta escuela son claras: *respondit mihi Fonteius Magnus, unus ex Bithynis, plurimis verbis, paucissimis rebus. Est plerisque Graecorum ut illi pro copia volubilitas; nam longas tamque frigidas periodos una spiritu quasi torrente contorquent* (Epist. 5, 20, 4). Con palabras muy parecidas se expresa sobre Teófanos<sup>11</sup>: *fecit enim hoc quoque, ut vetera, impudentissime, quod post duos et consulares et disertos tempus sibi et quidem laxius vidicavit; dixit in noctem atque etiam inlatis lucernis* (Epist. 4, 9, 14). Al final concluye que *aliud esse eloquentiam, aliud loquentiam* (Epist. 5, 20, 5).

En relación con la *compositio verborum*, Cicerón había considerado que el *ornatus*, tal y como él lo concebía, se manifestaba en dos vertientes: el eje de la combinación que se refiere al *ornatus qui ex continuatis coniunctisque constat* y el eje de la selección<sup>12</sup>, esto es, el *ornatus qui ex singulis verbis* (De orat. 3, 144). Dicha división aparece recogida por Quintiliano y Plinio. Ahora bien, la división de Plinio está condicionada por la que había formulado su maestro quien utiliza varias veces el término *structura* para designar lo que Cicerón llamaba *collocatio o continuatio verborum*. Plinio se vale, por su parte, de la palabra *constructio*:

- 1) *gravis et decora constructio*;
- 2) *sonantia verba antiqua* (Epist. 1, 16, 2)

Por otra parte Cicerón posterga las figuras retóricas en pro de los aspectos eufónicos o rítmicos, relacionados con la *compositio verborum*.

Quintiliano, por contra, invierte el orden y sitúa en primer lugar el estudio de las figuras, de cuya exposición detallada se ocupa.

Tal preferencia se observa en Plinio. Concretamente el adjetivo *figuratus* se encuentra entre los elogios que Plinio dirige a la obra de su amigo Novio Máximo: *est opus pulchrum... validum, elegans, purum, figuratum, spatiosum* (Epist. 4, 20, 2). Igualmente, refiriéndose al Panegírico, Plinio confiesa que una de sus mayores aspiraciones como autor es que su obra produzca admi-

11 Fonteyo Magno y Teófanos fueron los acusadores bitinios de Vareno, gobernador de esta provincia, en un proceso de concusión en el que Plinio actuó como defensor.

12 A. Alberte, «Cicerón y Quintiliano ante la retórica», *o. c.*, pp. 263-264.

ración por la excelencia de sus figuras: *atque utinam... figurae simul spectarentur* (*Epist.* 3, 13, 3). El uso correcto de las figuras está para Plinio ineludiblemente unido a una formación adecuada: *figurare varie nisi eruditus negatum est* (*Epist.* 3, 13, 3). Por tanto, cualquier obra que aspire a ser óptima debe hacer uso abundante que la figuras: *in optima quaeque mille figuras extemporales invenimus* (*Epist.* 1, 20, 10)<sup>13</sup>.

La ascendencia de Quintiliano en este punto se confirma en la utilización del término *figura* como término técnico por parte de Plinio. Quintiliano fue el primero<sup>14</sup> en utilizarlo con el sentido que hoy le damos, mientras que Cicerón se vale de expresiones como *lumina* para referirse al mismo concepto (*De orat.* 3, 201; *Brut.* 140, 141 y 275; *Orat.* 140).

Dentro de este mismo principio retórico, el *delectare*, encontramos un punto de conflicto en la *Epist.* 1, 2, donde Plinio se propone la imitación de Calvo: *temptavi imitari... Calvum...* (*Epist.* 1, 2, 2). Ha sido sobre todo el nombre de este último el que ha causado sorpresa. Para algunos se trata de una contradicción<sup>15</sup> de Plinio, pero quizá sea más positivo intentar buscar una explicación, aclarando algunos aspectos de la personalidad de Calvo como orador.

Calvo, es desde luego, un aticista, pero los juicios que nos han llegado sobre él son diversos y en ocasiones contradictorios. Cicerón nos habla siempre al referirse a Calvo de un orador caracterizado por la *exilitas*<sup>16</sup>.

También Aper en el Diálogo de Oradores nos habla de un Calvo carente de *sublimitas*, afirmando que ello no es el fruto de una elección deliberada sino de la falta de fuerza (*Dial.* 21, 2). Séneca el Viejo, en cambio, describe en sus Controversias un orador bien diferente lleno de energía y vigor, que sigue a Demós-

13 Antes estas afirmaciones no debe sorprender la apasionada defensa que encontramos de las figuras arriesgadas en *Epist.* 9, 19, 4. Ya A. M. Guillemin, *o. c.*, p. 97, había demostrado que la defensa de los riesgos en la oratoria contaba con una larga tradición: Cic., *Orat.* 98, Quint., *Inst.* 2, 11, 3, Séneca el Viejo, *Controv.* 10, *Praef.* 15. Se trata más bien de la continuación de la idea de Cicerón de que sólo es un gran orador aquél que domina todos los registros (*Orat.* 100, 101).

14 «In fact Quintilian is the earliest extant writer to use figura». G. Kennedy, *Quintilian* (Nueva York 1969), p. 86.

15 P. L. A. Morillot, *De plinii minoris eloquentia* (Gratiapolis 1888), p. 75. G. Suster, «De Plinii Ciceronis imitatore», *Riv. de Fil e d'istr. al.* 1890, p. 75.

16 *Atticum se Calvus noster dici oratorem volebat: inde ista exilitas quam ille de industria consequabatur* (*Brut.* 184).

tenes<sup>17</sup>. Pero la opinión<sup>18</sup> que aquí más nos interesa es la de Quintiliano: *et sancta et gravis oratio et castigata et frequenter vehemens quoque* (*Inst.* 10, 1 1150). Creemos que la imagen de Calvo que nos transmite Cicerón es una exageración fruto de la polémica que éste mantenía con los aticistas. En toda polémica hay siempre una tendencia a exagerar los extremos enfrentados. Si Cicerón había sido duramente criticado desde el grupo de Calvo es comprensible que se defendiera atacando a su vez. El no podía reconocerle a Calvo la posesión de una palabra vigorosa, por cuanto eso habría supuesto una concesión demasiado importante al aticismo. Y por lo que respecta a la obra crítica vertida sobre Calvo en el mismo sentido, téngase en cuenta que es formulada por el extremadamente modernista Aper, necesariamente contrario a un aticista como Calvo.

Al proponerse la imitación de Calvo, Plinio no se aparta de las enseñanzas de su maestro, que no participa ya del enfrentamiento personal entre Cicerón y los aticistas, y no rechaza, sino que asume, el valor que Calvo pudiera tener como orador.

Por último, en relación con el principio del *movere animos*, Cicerón realiza un gran esfuerzo teórico para justificar la presencia de los sentimientos en la oratoria y la compatibilidad de estos con la razón. Para ello se apoya en Platón y sobre todo en los académicos<sup>19</sup> que consideraban los sentimientos como una realidad humana ineludible que la razón no debe anular (como creían los estoicos), sino regular.

Este esfuerzo de Cicerón no encuentra reflejo en Quintiliano, que justifica la presencia de los sentimientos solamente desde

17 *Compositio quoque eius in actionibus ad exemplum Demosthenis viget: nihil in illa placidum, nihil lenē est, omnia excitata et fluitantia* (*Controv.* 18, 4, 8), *usque eo violentus actor et concitatus* (*Controv.* 18, 4, 6).

18 W. D. Lebek, «Verba Prisca. Die Anfänge der Archaisierung in der Lateinischen Beredsamkeit und Geschichtsschreibung», *Hypomnemata* 25, Vandenhoeck-ruprecht (Göttingen 1970), pp. 89-97, recoge estos testimonios sobre Calvo y propone como explicación la existencia de diversas corrientes dentro del aticismo, y piensa que habría un aticismo, el de Calvo, en el que se practicaría la imitación de Demóstenes. Esta hipótesis sugerente no encuentra el apoyo necesario en los textos. Lo mismo puede decirse de la explicación de A. M. Guillemin, *o. c.*, p. 95, según la cual, Calvo en su juventud habría sido un imitador de Demóstenes, desarrollando una oratoria violenta y contraria a la serenidad que propugnaba el aticismo, para luego, a lo largo de su vida, evolucionar hacia un aticismo exagerado.

19 A. Alberte, *Cicerón ante la retórica: la «auctoritas» platónica en los criterios retóricos de Cicerón* (Valladolid 1978).

la base previa de la honradez del orador. De ahí su insistencia a lo largo de su obra de que el orador ha de ser un *vir bonus* (*Inst.* 2, 15, 33; 12, 1, 1; 2, 1, 3; 12, 2, 1,...). Es la actitud práctica de un rétor que asume a Cicerón desde la praxis, pero que no se siente atenazado por principios filosóficos. No deberemos, por tanto, extrañarnos cuando encontremos en Plinio una actitud de índole muy similar: aceptación práctica sin planteamiento teórico.

Plinio, como Quintiliano dará gran importancia a los sentimientos (*Epist.* 1, 10, 5; *Epist.* 2, 3, 9) y a la capacidad del orador para despertarlos: *At ego omnia pertempto, omnia experior πάντα denique λιθονκινο* (*Epist.* 1, 20, 5). *Aliud alios movet ac plerumque parvae res maximas trahunt. Varia sunt hominum iudicia variae voluptates. Inde, qui eandem causam simul audierunt, saepe diversum, interdum idem, sed ex diversis animi motibus sentiunt. Praeterea suae quisque inventioni favet et quasi fortissimum amplectitur, cum ab alio dictum est quod ipse praevидit. Omnibus ergo dundum est aliquid, quod teneat quod agnoscant.* (*Epist.* 1, 20, 12-13).

En este sentido la influencia del maestro es indiscutible como se observa colacionando los textos: *At si quid in eo, quod est fortius, timebimus, utraque probatione nitentur. Alius enim alio moveri solet, et qui factum putavit, iustum credere potest; qui tanquam iusto non movebitur, factum fortasse non credet. Ut certe manus cum telo possit esse contenta, incenta plura spergenda sunt, ut sit et fortunae locus* (*Inst.* 4, 5, 14). *Omnis eloquentia circa opera vitae est, ad se refert quisque quae audit, et id facillime accipiunt animi, quod agnoscant* (*Inst.* 8, 3, 71).

Las palabras de Plinio son un eco de las de Quintiliano, para quien el orador debe también intentar todos los caminos.

Este pragmatismo está en consonancia con la actitud y las enseñanzas de su maestro.

El ciceronianismo de Plinio es de índole práctica, más aún que en el caso de Quintiliano que bebió directamente de las fuentes de Cicerón y que por ello se ve obligado a enfrentarse con una serie de planteamientos filosóficos que no puede obviar. Plinio, no tiene ya los complejos que pudo haber tenido su maestro en este sentido porque él se ha formado en la escuela de un rétor, y, por tanto, no es extraño que ignore lo que no tenía cabida en dichas escuelas.

Entre la multitud de tendencias que se dan cita en la Roma de este tiempo: los seguidores de Séneca, los modernistas o los



asiáticos con sus floreados discursos que todavía mantenían sus posiciones en la palestra, o los aticistas... Plinio escoge la postura que le parece más moderada, más equilibrada y justa. Es el magisterio de Quintiliano el que encamina a Plinio por el sendero del clasicismo en una época en que sabemos que algunos desprecian abiertamente a Cicerón <sup>20</sup>. Pero esta retórica aprendida a la sombra de la escuela de un rétor, no se sentía inclinada a justificarse filosóficamente.

Plinio había aprendido el arte del discurso desde unos planteamientos totalmente retoricistas, y aun cuanto tales principios tenían marchamo ciceroniano, habían sido adquiridos a través de la escuela retórica de su maestro Quintiliano y no de las aulas filosóficas, como pretendía Cicerón. Mal podía Plinio, aunque hubiese querido, elevarse por encima de las limitaciones que una educación de este tipo suponía.

ELVIRA ROCA BAREA  
Universidad de Málaga

20 *Epist.* 7, 4, 3.